

—¡No tengo la culpa yo!—dijo Gaspar.

—¡La tendré yo!—repuso Elvira.

—¡Á no dudar!

—¡Si usted fuera más amable!

—¡Y si usted no fuera tan imprudente!

—¡Y si usted no fuera tan grosero!

—¿Pero no podéis vivir un momento en paz?—preguntó María apesadumbrada.

—¡Con este hombre es imposible!—respondió Elvira que se ahogaba, y que salió para ocultar sus lágrimas.

—¡Con su hermana de usted no puede ser!—concluyó Gaspar.

—Vamos, Alberto, pide el servicio del te—dijo María;—voy á ver si puedo atraer á mi hermana á la razón.

—Es inútil, señora—repuso Gaspar;—mañana me marcho á Granada en el correo; no quiero casarme; renuncio para siempre á encontrar mi sol de invierno, porque antes de hallarle de seguro me moriría cien veces.

—¡Qué estás diciendo!—exclamó Alberto admirado.—El matrimonio no es una enfermedad de tanto peligro.

—No lo sería—repuso Gaspar—si tu difunto cuñado se hubiese llevado al cielo todos los tabardillos.

FIN DE LA PARTE QUINTA

PARTE SEXTA

CELIA

Viajero, tú que errando como una nube de cielo en cielo sigues el instinto del placer ó el impulso de la necesidad, ¿dónde vas tan lejos? ¿No estás al fin de tu viaje?

VÍCTOR HUGO.

¡Así, al ver los dolores de la muerte, el alma cristiana se depura en un crisol; así se despoja de lo que hay de terrestre en todas sus afecciones!

ALFONSO DE LAMARTINE.

I

DESALIENTO

Dos días después de la última reyerta de Elvira y Gaspar se paseaba por su cuarto Alberto, solo y meditabundo.

Sus hermosos ojos, abatidos y rodeados de un círculo morado, decían claro que había dormido muy poco durante la noche anterior; y, en efecto, apenas había podido conciliar el sueño por algunos instantes, y esto ya cerca del alba.

¿Qué tenía Alberto, tan alegre, tan franco, tan bullicioso poco antes?

¡Ay, lo que tenía era que sentía agitarse sobre su cabeza las negras alas de esa ave colosal y funebre que se llama desgracia!

En aquel instante, paseándose solo y pensativo, con las manos cruzadas á la espalda, se preguntaba si habría perdido de repente toda su aptitud para los negocios, todo su buen juicio natural, toda la actividad é inteligencia que le habían hecho ganar legítima y abundantemente el dinero que ahora huía de él.

Dos terribles y casi consecutivos golpes habían cambiado su desahogada posición por una medianía muy próxima á la escasez.

El primero había sido su pérdida en la Bolsa.

El segundo el desfalco hecho en la caja de una sociedad de ahorros por el encargado de los caudales, que había sido nombrado para aquel destino por su recomendación y bajo su fianza.

La fatal noticia de esta infamia le había llegado en la noche anterior; al volver á su casa se disponía á llamar á ella un hombre decentemente vestido; era uno de los directores de la sociedad, que le conoció, le detuvo, y en pocas palabras le contó lo ocurrido con voz alterada por la ira.

Alberto quedó inmóvil de asombro y de dolor; pero así que pudo recobrase, respondió con voz firme:

—Yo pagaré.

—Pero ¿no sería justo castigar al infame que así ha correspondido á la confianza de usted y á la mía?

—Eso sería, en efecto, muy justo; pero ¿dónde hallarle?

—¡Ay, no lo sé! ¡El miserable se ha fugado con el dinero!

—Y... ¿cuánto se ha llevado?—preguntó Alberto con voz trémula.

—Afortunadamente no ha sido todo lo que había, pues el arca principal ha resistido á sus esfuerzos, por efecto de haberse descompuesto la cerradura.

—Pero ¿cuánto se ha llevado?

—Veinticinco mil duros, de la caja pequeña.

Alberto respiró con alguna libertad, y dijo con voz ya completamente segura:

—Tengo esa suma, y mañana antes de mediodía estará en poder de usted.

—¡Pero yo no puedo consentir eso! Espere usted, al menos para su satisfacción, á ver el resultado de las requisitorias; al amanecer se avisará por el telégrafo la huida de ese hombre; en todas direcciones se le cortará la retirada, y no podrá menos de caer en poder de la justicia.

—Yo soy ante la sociedad el fiador de ese hombre—respondió Alberto,—y yo pagaré por él; si luego parece y devuelve los fondos, me reembolsaré.

—Querido amigo—repuso el director estre-

chando afectuosamente la mano de Alberto,—sé la pérdida que ayer ha sufrido usted en la Bolsa, y sé que tal vez le ocasione un perjuicio desprenderse mañana de esta suma; ¿quiere usted que la busquemos al interés más razonable que se encuentre hasta ver si parece el infame?

—No; aunque con trabajo, puedo satisfacerla.

—¿Por qué no recurre usted á su padre?

El joven sacudió melancólicamente la cabeza.

—Ya sé que está casi arruinado por sus locos amores con esa joven Condesa; ya sé que pasa su vida donde ella está, y que apenas sale de París más que para ir á Londres, donde se halla ahora; pero es padre, y aún le debe quedar algo de su gran fortuna.

—Mí padre me dió ya al casarme toda la parte de mi madre y la que me tocaba de lo que entonces poseía; fué conmigo muy generoso, y no quiero despojarle ahora de lo poco que debe darle.

—Es que, á mi parecer, querido Alvareda, la culpa de todas las pérdidas de usted y de la desgracia que hace algún tiempo le persigue, la tiene...

—¿Quién?

—No sé si me atreva...

—¡Oh, sí! ¡Dígame usted de quién es la mano alevosa que me va empujando hacia la ruina, en la que se habrá de ver envuelta también mi inocente esposa!

—¡Ella! ¿Y por qué? ¿No tiene su carta dotal?

—¡De su dote voy á sacar la suma que debo dar á usted mañana!

—¡Oh, no; eso jamás! ¿Qué culpa tiene ella de...?

—Ella no me perdonaría jamás si no contase con lo suyo para salvar mi honor.

—Pero hay que avisarla con tiempo; hay que prevenirla...

—Es inútil; firmará una cesión de sus bienes sin preguntar para qué se enajenan.

—¡Pero eso es una iniquidad! ¡Un ángel como su esposa de usted no debe ser desposeído por una infame como la Condesa de las Navas!

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?

—Digo que tengo motivos para sospechar que la Condesa de las Navas, cuyo loco amor hacia usted no se ha extinguido aún, es la causa de todas las desgracias de usted. Ella es rica, poderosa, influyente; tiene amigos y agentes en Madrid, y es además capaz de sacrificarlo todo á su venganza, ó quizá á la esperanza de que busque usted en ella su salvación.

—Pero ¿cómo es posible siquiera que desde tan lejos!...

—No hace ocho días que llegó á Madrid, y anoche salió de nuevo para París... Me consta la pasión que alimenta por usted, y conozco además sus manejos y hasta qué punto es intrigante su carácter. Después me llama mucho la atención la

singular coincidencia de haber desaparecido el cajero el día antes de marcharse ella.

—¡Oh, sí!—exclamó Alberto suspirando, como si sintiera descargado su corazón de un peso enorme;—¡ella debe ser, ella, la causa de todos esos golpes que me van conduciendo lentamente y como por la mano á la desesperación! ¡Oh, amigo mío; las palabras de usted han sido para mi alma un rayo de bienhechora luz!

—¡Qué dice usted!—preguntó atónito el director;—¿acaso piensa usted ceder á las sugerencias de esa sirena?

—¡Yo!... ¡Ah, qué mal me conoce usted! Soy casi dichoso al saber sus maldades, porque recobro la confianza en mí mismo; porque ha habido instantes en que la había perdido casi del todo. ¡En qué pensé, que mi razón se había ofuscado; que el poco talento que antes me concedían se había convertido en idiotismo, en insensatez; que me creí inepto para el trabajo; que estuve ¡Dios me perdone! cerca, muy cerca del suicidio?

—¡Es posible!

—¡Sí! Y ahora que recobro la confianza en mí propio, que sé lo que valgo, que sé que hay una mano interesada en consumir mi ruina, me consuelo y me digo: ¡No es mía la culpa, hágase la voluntad de Dios!

—¿Y no hará usted nada para cortar esa mano?

—No, porque es la mano de una mujer; ¡pluguiera á Dios que fuera la de un hombre!

—¿Y la va usted á dejar que siga perdiéndole?

—¡La Providencia contendrá esa mano que se encamina al mal! Y ahora, adiós, amigo mío; le reitero á usted mi promesa: mañana antes de las doce estará en poder de usted la suma que le ha sido arrebatada.

Alberto entró en su casa y se dirigió á la habitación de su mujer; ésta, después de haber estado bordando un rato, se había puesto á leer.

Al oír los pasos de su marido, levantó la cabeza; á la primera mirada comprendió que le acosaba algún grave pesar, pues su palidez y el abatimiento profundo de sus ojos lo decían claramente.

María corrió á su encuentro, le tomó las manos y las halló yertas y temblorosas.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que te pasa, Alberto?—le preguntó asustada;—¿qué nueva desgracia te aflige? ¡Hace ya tanto tiempo que sólo tenemos malos ratos, que únicamente hallamos paz en nuestro amor!

Alberto se sentó junto á su esposa y le refirió cuanto había pasado, sin ocultarle la convicción en que estaba de que la Condesa trabajaba para consumir su ruina, y halló lo que esperaba: aliento y consuelo para sobrellevar sus pesares.

—Has hecho lo que debías al contar con lo que mi padre me dió para solventar esa deuda de honor—le dijo;—mañana, ó esta noche misma, firmaré mi cesión de todo. ¿Para qué nos sirven, amigo mío esos bienes, á los que no tocamos, y

que nos hemos acostumbrado á mirar como un recurso para nuestra vejez? Dios no nos dejará sin pan para entonces. En cuanto á que la Condesa se complazca en arruinarte no puedo creerlo; no concibo el amor más que generoso, y no dañino y vengativo.

—¡Es que tú, mi María, eres un ángel!

—Yo, Alberto, soy una mujer, y nada más, y la pobre Celia no tiene el alma depravada que tú le atribuyes.

—¿Y su carta de hace tres días?

—Eso puede ser una prueba más de su buen corazón.

—¡Al leerla no la juzgaste así!

—Es que... entonces estaba ofuscada; ¡los celos, amigo mío, son malos consejeros!

—¿Y la presión que ejerce sobre mi padre?

—Estoy segura de que no ejerce ninguna; tu padre ha caído en una debilidad muy general en los caracteres como el suyo: se ha enamorado de veras á los cincuenta años, y quizá ama por la primera vez de su vida con sinceridad y buena fe; esta pasión desgraciada debe ser el castigo de todos sus extravíos pasados. Pero ahora vámonos á dormir, y mañana saldremos del nuevo apuro con la ayuda de Dios.

—¡Y con la tuya!

—¿Es acaso exclusivamente mío lo que poseemos? ¿Lo quiero yo, por ventura? Al unirse, no sólo los destinos, sino los corazones, se une tam-

bién y para siempre la fortuna; todo es de los dos en esa santa alianza que se llama matrimonio.

María se apoyó en el brazo de su esposo; se encaminaron ambos á su dormitorio, situado en la habitación de María, y poco después un sueño tranquilo había cerrado los párpados de la casta y angelical esposa.

Empero los de Alberto permanecieron abiertos por la fatiga, el dolor y el insomnio. ¡Despojar á su mujer! Esta idea le agobiaba, le volvía loco, y encendía en sus venas una terrible fiebre.

Así que fué de día saltó del lecho, y después salió á respirar el aire libre del campo, porque se sofocaba dentro de casa.

Durante aquel triste paseo maldijo mil veces el amor que había profesado á Celia, á aquella mujer que había venido á ser el verdugo de la inocente y santa esposa que el cielo le había concedido.

Pero la hora del sacrificio se acercaba, y el deber le llevó á su casa para zanjar con María aquel triste asunto.

Cerca de las diez serían cuando entró en su casa y se encerró en su despacho, donde le hallamos paseándose con paso desigual y con aspecto sombrío y pensativo.

Fatigado de su propia pena, se dejó caer en un sillón; apoyó la frente en su mano, y lloró durante algunos instantes.

¡Sí! Aquel hombre fuerte, honrado, inteligente

y valeroso, se puso á sollozar desesperadamente, acosado de un amargo y profundo desaliento; entonces deploraba todos los extremos con que había encendido por su propia mano la hoguera que ardía en el corazón de Celia, y que ni el tiempo ni la distancia habían podido apagar.

De repente sonó á la puerta un golpecito; el golpe de una mano delicada y suave, de una mano de mujer.

Alberto pasó un pañuelo por sus ojos; y luego, creyendo que era María, procuró serenar su dolor, y dijo á media voz:

—Entra.

La puerta se abrió; pero no fué la rubia y plácida cabeza de su esposa la que apareció en ella, sino la negra y magnífica de Elvira.

II

ELOCUENCIA DEL CORAZÓN

Elvira se detuvo, asombrada, perpleja y como confusa; había visto lágrimas en los ojos de Alberto, y conocía demasiado el temple de su alma para no asombrarse, y aun asustarse, ante aquel inmenso dolor.

—¡Entra!—repitió Alberto, procurando llamar á sus labios una sonrisa; pero sólo consiguió hacer un gesto doloroso.

La joven no se movió; no obstante, el hermoso color de rosa que vestía sus mejillas y que se hallaba algún tanto alterado á causa de sus disgustos con Gaspar, desapareció por completo.

—Vamos, entra y siéntate—dijo Alberto afectuosamente.—¡Gracias á Dios que has roto tu clausura y que te das á luz!

Elvira se adelantó algunos pasos, y sentándose al lado de Alberto, le dijo así:

—Hermano, venía á hablarte de una cosa... No sé de qué, porque se me ha olvidado... Pero sea de lo que sea, dejémoslo y hablemos de ti.

—¡De mí!—repitió Alberto.

—¡Sí, de ti! Estás afligido... Lo sé..., lo veo... ¿Qué te sucede? ¡Yo quiero saberlo!... ¿Lo oyes?... ¡Yo lo quiero!...

Elvira, al decir estas palabras, asió la mano de Alberto y la sacudió con fuerza.

—No tengo nada, querida hermana—respondió el joven;—nada, créeme: es una melancolía sin causa.

—¡Eso no es verdad! ¿No conozco tu carácter, tu fortaleza? Alberto—prosiguió la joven con una sencillez humilde y encantadora,—ya sé yo que no merezco que me confíes tus penas; he sido contigo arisca, ingrata, insolente muchas veces... Pero mira, esto es efecto de mi carácter y no de mi corazón... Así, pues, perdóname y dime lo que te aflige.

—¡Te aseguro que no es nada!

—¿Has regañado con María?

—¡Con María! ¡Ah, no! ¡María es para mí un ángel en la tierra!

—Ya lo sé... Y así..., oye lo que estoy pensando...—dijo Elvira llena de embarazo y de rubor.

—Vamos, di.

—¡Es que no me atrevo!

—¡Que no te atreves! Y ¿por qué? ¿No soy tu hermano?

—¡Sí!—respondió la joven, estrechando las manos de Alberto;—¡tú eres mi hermano..., mi querido hermano, y así, segura de tu indulgencia, voy á decírtelo todo!

—Ya escucho, y hasta creo que ya adivino. ¿Son cosas de Gaspar?

—¡No, no; son cosas mías... y tuyas! Dejemos ahora á Gaspar... Luego te hablaré de él; ahora, escucha.

—Ya escucho.

—Tú eres dichoso en tu vida doméstica, ¿es verdad?

—¡Muy dichoso!—respondió Alberto, con un entusiasmo que hizo desaparecer su dolor.

—Mi hermana es un ángel, ó una santa, ó las dos cosas á la vez.

—¡Es cierto! ¡Es para mí un trasunto del cielo!

—Es además lindísima y tiene talento.

—¡Oh, sí!

—Todos te la envidian.

—Esa es mi creencia.

—De modo que tu corazón, tu vanidad, todo está halagado, ¿no es cierto?

—¡Sí! Pero ¿á qué viene?...

—¡Y debes ser dichoso!

—¡Y lo soy!

—¡Mentira!

—¡Hermana!

—¡Mentira!—repitió Elvira con vehemencia;—y puesto que en tu casa sólo tienes motivo de ser dichoso, tu desgracia está...

—¿En qué?—preguntó Alberto estremeciéndose.

—¡En tu fortuna! ¡Eh! ¡Ya la solté!—continuó Elvira muy alegre;—¡ya salió la palabra fatal, y ya no tengo miedo! Sólo te diré una cosa, y me has de responder claro y pronto, porque si no...

—Si no...

—¡Salgo al instante de tu casa! Conque, hermano mío, primo de mi alma, mi querido amigo, ¿cuánto necesitas?

—Tú estás loca, Elvira—respondió Alberto con voz alterada.—¡Te aseguro que nada necesito, créeme!

—¡No te creo, no!—repuso Elvira, que ya se iba exasperando; y luego, procurando tranquilizar su ira por algunos instantes para convencer á Alberto, prosiguió:

—¡Eso quiere decir que tú eres un mal hermano, un ingrato!

—¡Yo!

—¡Sí, tú; porque si no comprendes que yo pueda sacarte de apuros, es porque tú no serías capaz de hacerlo por mí!

—¡No digas tal cosa!

—¡No hagas tú lo que estás haciendo! ¡No me niegues que tus asuntos van mal, que tu fortuna decae!

—Pero...

—¡Te digo que no me lo niegues!

—¡Y bien, no te lo niego!

—¿Luego confiesas?...

—¡Sí, puesto que tú lo quieres!—dijo Alberto sonriendo, á pesar de su preocupación, ante aquella violencia cariñosa.

—¿Confiesas que te hallas apurado?

—¡Sí!

—¡Ya he conseguido lo más!—murmuró la joven con un profundo suspiro de satisfacción;— ¡veremos si ahora alcanzo lo menos!

—¿Qué quieres decir?

—Que habiendo confesado que necesitas..., porque tú necesitas, ¿verdad?

—¡Sí! Pero hallaré lo que necesito.

—¿En dónde?

—En el dote de María.

—¡Desposeeros de ese último recurso teniendo yo cuatro millones!—gritó Elvira indignada;— ¡siendo yo tan rica no tenderos una mano salvadora!... ¡Eso jamás!

—Pero...

—¡Si lo consintiera, nunca me perdonaría Sebastián, que está en el cielo!—murmuró la joven con los ojos llenos de llanto.—¡No; jamás me lo perdonaría! Porque los cuatro millones de que te he hablado son los que él me dejó, sin contar con mi dote, que está intacto, y con otras crecidas sumas que le produjeron sus negocios en el poco tiempo que vivió á mi lado. ¡Vamos, Alberto..., cede; si no, estoy resuelta á salir al instante de tu casa!

—¡Elvira!...

—¡Nada escucho!... ¡Es un préstamo que te hago... Es una prueba de cariño que tú me das!... Acepta cincuenta mil duros; remedia tus apuros, y haz producir á lo que te quede.

—¡Un millón!—exclamó Alberto, retrocediendo como asustado;—¡no, no; sólo necesito la mitad!

—¿Pero te queda algo para seguir en tus negocios?

—Sí.

—¡Será muy poco!

—¡No es mucho; pero trabajaré y tendré menos confianza y buena fe que hasta aquí!

—Vamos á mi cuarto—dijo Elvira, apoyándose en el brazo de Alberto.

—¡No, no—dijo éste;—no puedo aceptar lo que me ofreces!

Elvira se desasíó del brazo de Alberto y se retiró dos pasos, cruzando sus manos con ademán de profundo desaliento; luego fijó en el joven una

mirada tristísima y llena de elocuencia, y le dijo á media voz:

—¡Ya sé que no tengo derecho á tu confianza ni á la de mi hermana!

—¡Qué dices!—exclamó asombrado Alberto.

—¡Digo—repuso Elvira—que os he dado tantas pruebas de mal carácter, de inconsecuencia, que no es extraño que ahora me castigues así! ¡Pero, créeme: yo me enmendaré..., yo procuraré corregirme..., si ahora, á tu vez, me perdonas tú!

—¿De qué he de perdonarte?

—¡De lo que os he hecho sufrir!

—¡Qué extraña eres en todas tus cosas!

—¿No me perdonas?

—¡Sí!

—¿Y María me perdonará?

—¿Lo dudas? ¿No sabes cuánto te ama?

—Pues dame una prueba de que no estás enfadado conmigo.

—¿Qué prueba?

—¡La de venir á mi cuarto!

—¿Sabes, querida mía, que esto tiene todos los visos de una seducción?—dijo Alberto, que ya no sabía qué razones oponer.

—¡Sí, es una seducción, pero bien rara; una seducción en la que el galán se resiste de un modo nunca visto, y que llega hasta la inhumanidad!

—No quiero que me acuses de cruel—dijo Alberto ofreciendo el brazo á Elvira;—basta con que me llames irónico y burlón.

—Vamos, pues—dijo la joven, cuyas hermosas facciones se animaron con un gozo radiante.— ¡Vamos, vamos, que á pesar de todo eres menos formal que yo, y temo que por la primera vez de tu vida te arrepientas de un buen movimiento!

III

LAS RIQUEZAS

Los dos jóvenes se dirigieron á la habitación de Elvira, y durante el corto trayecto que la separaba de la de Alberto, ni uno ni otro se atrevió á articular una palabra.

María, con aquella delicadeza admirable que era la más sobresaliente de sus dotes, había hecho preparar para su hermana un asilo modesto, como iba siendo su fortuna; sencillo, como su gusto, pero elegante, cómodo y primoroso.

Era una sala cuadrada con un gabinete dentro; éste con alcoba.

La sala tenía colgaduras de seda azul celeste, sujetas con largos cordones de seda y plata; el tocador se hallaba colocado en el gabinete; así es que el primer aposento era una especie de sala de recibo y de labor.

Veíanse en ella algunos sillones pequeños, en gracioso desorden, de la misma tela que las colgaduras; un velador grande, de jaspe, contenía

algunos libros, una cartera de terciopelo, bordada por María para su hermana, y una elegante escribanía de plata.

Sobre una mesa de hechura artística había un espejo cuadrado y dos ricos jarros de bronce y porcelana, que contenían dos ramilletes de frescas flores, regalo dos días antes de Gaspar á su bella novia.

El gabinete, según ya queda dicho, servía de tocador; una mesa cubierta de damasco azul con transparente de muselina de la India, blanca y espumosa, sostenía un espejo ovalado, cuyo marco era una guirnalda de flores de plata, de un trabajo indescriptible y lleno de belleza; este espejo estaba rodeado de colgaduras azules, con otras de muselina, que recogían graciosos lazos de cinta de aquel color.

En la alcoba, que tenía puertas de cristales semicubiertas con cortinas de seda azul, estaba el lecho de Elvira, con colgaduras y techo celeste; enfrente del tocador había un *secretaire*; al otro lado un armario, cuya puerta era un magnífico espejo, y delante del balcón se veían cuatro enormes macetas de porcelana, que contenían dos jazmines y dos adelfas enanas.

Este lindo gabinete tenía chimenea, y á cada lado de ella habían colocado dos lindos divancitos de damasco celeste, con grandes flecos y borlones.

Elvira, al entrar, soltó el brazo de Alberto y se

dirigió al *secretaire*, que abrió con una llave que sacó de su pecho, donde la llevaba pendiente de una cinta de seda negra.

—Acércate y mira—dijo á Alberto.

Éste se aproximó y fijó su mirada en el cajón del *secretaire*, que Elvira había abierto.

Tenía mucho fondo, y á un lado se veían abultados paquetes de billetes de Banco, mientras al otro las monedas de oro se hallaban agrupadas en grandes pilas.

—Hermano mío—dijo la joven,—jamás hasta hoy había sentido la satisfacción de ser rica; creo que el dinero sólo es estimable en cuanto nos es necesario, y que no tiene nada que ver en nuestra dicha; hoy, sin embargo, le debo la felicidad de poderte ser útil; todo lo que ves es tuyo; toma cuanto quieras, tómalo todo si puede servirte de algo.

—Gracias, hermana mía—respondió Alberto con voz alterada;—eres tan buena, que casi estoy orgulloso de deberte mi felicidad.

—¡La felicidad!—repitió la joven;—esas pobres monedas, sin más valor que el que queremos concederles, ¿pueden darla acaso? ¡Ah, si así fuese, no sería yo tan infeliz!

—A lo menos, hermana mía, ayudan mucho á nuestra ventura—dijo Alberto,—no lo dudes: cuando la desgracia atormenta, el carácter se agría, y el alma, en vez de elevarse, se empequeñece; tal es la miserable condición humana: todo,

ó casi todo, se consigue con el oro, y el oro es el que está trabajando en mi ruina, unido á los celos y á la venganza.

Alberto dijo estas palabras con voz sorda y ahogada; Elvira le miró con asombro, é iba á contestarle; pero él prosiguió de esta suerte, con mayor vehemencia:

—¡Sí, las riquezas son el manantial de todos los bienes y de todos los males de la humanidad! Si las posee una persona dotada de noble y generoso corazón, hace lo que has hecho tú, hermana mía: socorre al dolor, ahuyenta á la miseria; si van unidas á un corazón duro y vengativo, sirven para acarrear toda suerte de males, de desgracias y de dolores. Elvira, la riqueza, como antes he dicho, es el instrumento poderoso encargado de consumir mi ruina, usado por una mano alevosa; y la riqueza que Dios te ha concedido, es acaso la que me salvará de ella.

Un golpe dado á la puerta interrumpió á Alberto.

—¿Se puede entrar?—preguntó la dulce voz de María.

—Sí—respondió Elvira;—entra.

La puerta se abrió, y María apareció á los ojos de los jóvenes; á la vista del cajón lleno de oro y abierto, y de la actitud de Alberto y de su hermana, lo comprendió todo y se arrojó en los brazos de Elvira.

—Esta no lo rechaza, ¿lo ves?—dijo la joven á

Alberto;—es mejor hermana que tú y tiene confianza en mí.

—Sí—replicó María,—la tengo, y acepto por Alberto y por mí; así Dios te recompense y castigue á la mujer sin corazón que nos va empujando al precipicio.

—¡Una mujer! ¡Una mujer os empuja al precipicio! ¿Y quién es?

—¿No lo adivinas?—repuso Alberto.—Sólo hay una que pueda tener empeño en consumir nuestra ruina.

—¿La Condesa tal vez?

—Sí—respondió María,—la Condesa; ya hace tiempo que va delante de Alberto cerrándole todos los caminos, y su última hazaña ha sido sobornar á un infeliz por quien Alberto había salido fiador, para que huyese llevándose los caudales que tenía á su cargo.

—¡Es posible!

—Sí; y la huída de ese hombre ha coincidido con la salida de la Condesa para París.

—¡Para París, si está aquí!

—¡Imposible! Envió ayer tarjetas de despedida.

—¡Pues hoy la he visto yo!

—¡Tú!

—Yo misma: fui á misa, porque desde mi última desazón con Gaspar tengo el corazón dolorido, y sólo hallo algún consuelo hablando con Dios por medio de la oración. Al salir de la iglesia, pasó por delante de mí; iba seguida de cerca por un la-

cayo y á pie... ¡Ah, y ahora me explico—prosiguió Elvira como recordando—el movimiento que hizo, y del cual no supe darme cuenta por el pronto!

—¿Qué movimiento?

—El de agruparse junto al rostro los pliegues de su mantilla.

—¿Luego quería recatarse de ti?

—Es indudable; pero, á pesar de ese deseo, no pudo contenerse sin echarme una venenosa mirada; me aborrece.

—A mí, lo comprendo...; pero á ti, ¿por qué?

—¡Por qué! Porque soy más hermosa que ella, y más joven que ella, y más obsequiada que ella; á ti te aborrece porque le has quitado al hombre á quien amaba; á mí, porque le quito los homenajes, el incienso, la ocasión de ejercer las coquetearías. Pero—prosiguió Elvira,—Alberto, toma lo que quieras; cierra ese cajón, guárdate la llave y vete, para que medites cómo has de colocar esas riquezas, que tanto me estorban; ponte para ello de acuerdo con Gaspar... O si no... ¡no! ¡No le hables ahora de dinero, porque está muy enojado conmigo!

—¡Bah, ya se le habrá pasado!—dijo Alberto, tomando con rubor y trabajo un paquete de billetes, y pugnando entre su deseo de enseñarlo á Elvira y su temor de ofenderla.

—¡Ay, no se le ha pasado!—repuso ésta con tristeza;—¡no le he visto desde anteanoche! Pero ¿qué haces? ¿Te llevas eso solo? Ven acá.

Elvira se levantó; volvió á abrir el cajón de su *secrétaire*; desocupó un cofrecito que contenía algunas joyas de su uso diario, y echó en él los paquetes de billetes y las pilas de oro.

La caja bastaba apenas para contener todas aquellas riquezas, y la joven las apretó con el mismo cuidado que si fueran objetos de desecho; consiguió unir á la caja la tapa de la misma, y dijo, poniéndola en las manos de Alberto:

—Toma todo esto, y haz de ello el uso que quieras; á mí me estorba más de lo que vale.

Sobrecogido Alberto por lo rápido é impensado de aquella acción, no supo qué responder; entretanto Elvira salió á la sala, sacó los ramilletes de los jarrones, los secó con su pañuelo y luego los besó con ternura y efusión.

—Estas flores que él me ha dado—prosiguió, en tanto que caían de sus ojos algunas lágrimas que iban á humedecer los ramos,—son las riquezas que hoy estimo; déjame guardarlas, hermano, en el lugar que ocupaban esas otras que no debía haberme dado el cielo; á un carácter como el mío convenía la pobreza, porque sólo ésta tiene derecho para ser altiva y voluntariosa.

—¡Ah, hermana mía! ¡Eres un ángel á quien todos desconocíamos aún!—exclamó María abrazando tiernamente á su hermana.

—¡Yo un ángel! ¡Ah!—gritó Elvira sollozando;—¡si yo fuera un ángel, no perdería el cariño de Gaspar! Vete, Alberto—añadió encerrando sus

flores en el cajón del *secretaire*, donde poco antes tenía su dinero;—vete; guarda ó emplea eso, y no le digas á Gaspar, si por dicha te habla de mí, que soy rica.

Alberto dudaba aún; pero una seña de su mujer le obligó á dejar el aposento, llevándose todas las riquezas de Elvira.

Las dos hermanas quedaron solas, y la menor enjugó el llanto que brotaba de sus ojos y corría en abundancia por sus mejillas, frescas y satinadas como una flor cubierta de rocío.

IV

CONSEJOS

—María—dijo Elvira,—quería que nos dejase solas Alberto para decirte lo mucho que padezco; contra lo que yo esperaba, Gaspar ni me ha escrito ni ha procurado verme desde que con tanta grosería nos dejó anteanoche.

—Creo, en efecto, que sufres—respondió María;—tú le amas más de lo que te figuras.

—¡Oh, sí; le quiero con toda mi alma! ¡Jamás había creído amarle tanto! Las horas transcurridas sin verle se me figuran otros tantos siglos... No he podido dormir ni sosegar... Pero dime, ¿cómo es que ni aun ha salido á la mesa? ¿Acaso está sin comer?

—¡No, tonta!—repuso María sonriéndose;—se le ha servido en su cuarto.

—¡Yo tenía una pena pensando que estaría sin comer!

—Conoces muy poco á los hombres, hermana mía. Ellos no pierden jamás el apetito, y muy pocas veces el sueño, al menos en la apariencia; nosotras necesitamos hacer alarde de debilidad, y ellos necesitan hacerlo de fuerza; y así como ellos no dejan jamás de representar su papel, no debemos tampoco nosotras dejar de hacer el nuestro. Éste es el equilibrio social, hermana mía; éste es el equilibrio de la vida, y si quieres ser dichosa, créeme: obsérvalo siempre.

—¡Ay, Dios, cuán tarde vienen tus consejos!—exclamó Elvira;—¿por qué no me los dabas antes?

—Nunca es tarde para el bien, querida Elvira.

—Pero ¿no ves lo que hace Gaspar?

—¿Qué hace?

—¡Ni una palabra en dos días! ¡Ni desear verme, ni salir á la mesa! ¡Ah, bien se desquitará ahora fumando á su gusto!—añadió la joven, con un resto de cólera y de ira que no le fué posible dominar.

—¿Y qué importa que fume?

—¿Qué importa? ¡Que se sale con la suya!; ¡que me pospone á su cigarro!; ¡que hace su gusto, en fin!

—El hombre lo hace siempre, querida mía; apenas puede hallarse en toda la creación un ser más